

Tu comprendes, Señor, no tienen tiempo.
 De niños tienen que jugar y no les sobra tiempo; luego... más tarde.
 De chiquillos tienen que hacer sus deberes, no tienen tiempo; luego.
 En el bachillerato tienen sus clases y tanto trabajo, no tienen tiempo...
 más tarde.
 De jóvenes hacen deporte, no tienen tiempo; más tarde.
 Recién casados tienen su casa, tienen que arreglarla, no tienen tiempo...
 más tarde.
 Ya padres de familia tienen sus críos, no tienen tiempo... más tarde.
 De mayores enferman y tienen que cuidarse, no tienen tiempo... más tarde.
 Ya están agonizando. No tienen... ¡Demasiado tarde!
 ¡Ya nunca tendrán tiempo!

Así los hombres corren persiguiendo el tiempo, Señor,
 pasan sobre la tierra corriendo
 apresurados, atropellados, sobrecargados, enloquecidos, desbordados
 y no llegan a nada jamás, les falta tiempo,
 a pesar de todos sus esfuerzos, les falta tiempo,
 les llega incluso a faltar un horror de tiempo.

Oh, Señor, Tú has debido equivocarte en tus cálculos,
 hay un error general, las horas resultan demasiado cortas
 los días se hacen demasiado cortos
 las vidas son demasiado cortas.

Y Tú, Señor, que estás fuera del tiempo, sonríes al vernos batallar con él.
 Tú sabes lo que te haces,
 Tú no te equivocas cuando distribuyes el tiempo a los hombres,
 Tú das a cada uno el tiempo justo para hacer lo que quieres que haga.

Pero no conviene perder tiempo, malgastar el tiempo, matar el tiempo
 pues el tiempo es un regalo que Tú nos haces
 pero un regalo fugitivo que no se puede meter en una lata de conservas.

Señor, sí, tengo tiempo,
 tengo todo el tiempo mío, todo el que Tú me das
 los años de mi vida, los días de mis años
 las horas de mis días, todas enteras y mías.

A mí me toca llenarlas, tranquilamente, con calma
 pero llenarlas bien enteras, hasta los bordes
 para luego ofrecértelas y que de su agua desabrida
 Tú hagas un vino generoso como hiciste en Caná
 para las bodas de los hombres.

Por eso esta noche, Señor,
 no te pido el tiempo de hacer esto y aquello y lo de más allá,
 te pido solamente la gracia de hacer bien a conciencia lo que Tú quieres
 que haga en el tiempo que Tú me das.

MICHEL QUOIST



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Betharramitas: Hombres nuevos constructores de una cultura nueva

Año V 2001 - Nº 6

Dialogar con claridad y caridad

El diálogo exige una cierta disposición de ánimo y, sobre todo, un cierto deseo de escuchar. Quien habitualmente está cerrado no dialoga, como tampoco lo hace quien sólo quiere ser escuchado, porque necesita afirmarse o porque se siente superior.

Es preciso también eliminar el miedo y la prudencia excesiva. Cuando se teme la ironía, el desprecio o la agresividad, el diálogo no es posible. Se dialoga cuando se confía en el interlocutor y cuando se siente confianza recíproca.

Es igualmente preciso decir algo que sea válido. El diálogo supone reflexión y nace de un contenido. La reflexión se apoya en la experiencia y se hace realista y objetiva.

Conviene cuidar mucho las formas. Las personas agresivas dificultan el diálogo. En cambio, las personas delicadas facilitan su realización y profundización. El diálogo exige mucha atención a los cauces de comunicación. Dialoga quien piensa en lo que está escuchando y no sólo en lo que él tiene que decir.

La práctica y la experiencia cuentan mucho. Al igual que el arte, el deporte, el estudio también el diálogo requiere una preparación progresiva y paciente. No se dialoga cuando se quiere, sino cuando se sabe. Cuando se descubre el valor del diálogo, y la persona lo aprecia como vehículo de encuentro humano, se incrementa la estima que se tiene del mismo y se desea cada vez más tener la oportunidad de practicarlo.

Existen diálogos espontáneos que surgen de improviso. Pero otros deben ser minuciosamente preparados. No es fácil determinar cuál de ellos es más válido. Lo que importa en el diálogo es el resultado, y no tanto la técnica empleada.

Con tranquilidad y con tiempo suficiente, el diálogo se hace fecundo y profundo. Pretender dialogar con prisas y según pautas excesivamente estrictas significa reducir las posibilidades de acierto. No es tan fácil escuchar lo que se quiere como decir lo que se desea. Para dialogar es preciso cultivar la pa-

ciencia y la esperanza.

El diálogo nunca puede ser anónimo. Los que lo practican sinceramente se comprometen, y el compromiso siempre requiere algún sobreesfuerzo. Por eso, en todo diálogo es imprescindible la aproximación personal y mucha claridad en las intenciones.

Un diálogo alegre es agradable y deja tras de sí el deseo de volver a repetirlo.

No dialogan

- Los que antes de enterarse del asunto ya están dispuestos a emitir su parecer.
- Los que no se interesan por las motivaciones de los hechos, sino tan sólo por la eficacia y los resultados.
- Los que esperan escuchar siempre cosas agradables o que coincidan con sus propias ideas.
- Los que se lanzan a emitir juicios rápidos y precipitados.
- Los que tienen respuesta para todo y creen tener siempre razón, porque se creen infalibles.
- Los que no se interesan por las personas ni por el contenido de los hechos.
- Los que son egocéntricos y procuran estar en el centro de todas las situaciones.
- Los que se dan por ofendidos y los autosuficientes, y en especial los acomplexados.
- Los que tienen poca inteligencia práctica y están llenos de teorías prefabricadas.
- Los que se fijan más en las apariencias que en las realidades y prefieren pasar por sagaces y profundos.
- Los que se irritan y amenazan fácilmente.
- Los que creen en la ley del más fuerte.
- Los que asocian la razón a la intensidad de los gritos o al poder del dinero.
- Los que prefieren ignorar la verdad y vivir cómodamente.
- Los displicentes y los resentidos.
- Los que nunca dudan, porque creen tener las cosas claras desde el primer momento.
- Los que agreden con palabras, al margen de los contenidos.
- Los que desprecian al interlocutor

Sí dialogan

- Los que saben escuchar, aunque a veces se trate de cosas infantiles.
- Los que respetan la opinión y los gustos de los demás, sin condenarlos ni despreciarlos fácilmente.

- Los que aceptan las diferencias individuales.
- Los que evitan moralizar o dogmatizar sus razones antes de escuchar.
- Los que saben distinguir lo esencial y lo secundario de las propuestas que reciben.
- Los que saben dar tiempo y no exigen que la conversación termine cuanto antes.
- Los que sintonizan afectivamente con su interlocutor.
- Los que aceptan de buena fe lo que se les dice, sin susceptibilidades ni recetas.
- Los que saben mantenerse equilibrados y serenos cuando se sienten irritados.
- Los que dan a las cosas la importancia que realmente tienen.
- Los que prefieren escuchar más y hablar menos.
- Los que saben juzgar en el momento oportuno a la luz de lo que se dijo en otro momento.
- Los que están dispuestos a rectificar cuando se equivocan.
- Los que se interesan preferentemente por las personas.
- Los que no temen la verdad, aunque sea dura o desagradable.
- Los que saben reflexionar con tranquilidad y paz.

SILVINO JOSÉ FRITZEN

Tengo tiempo

Vivan con conciencia clara de cómo viven, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo... Por eso, no sean insensatos, sino conocedores de cuál es la Voluntad de Dios. (Ef 5, 15-17)

Señor, he salido a la puerta y fuera había hombres:
Iban, venían, marchaban, corrían.

Las bicis corrían
los coches corrían, los camiones corrían,
la calle corría, la ciudad corría.
Corrían para no perder tiempo
corrían en persecución del tiempo
para atrapar el tiempo
para ganar tiempo.

Hasta luego, Señor, excúsame, no tengo tiempo.
Volveré a pasar, no puedo esperar, no tengo tiempo.
Termino esta carta porque no tengo tiempo.
Me hubiera gustado ayudarlos pero no tenía tiempo.
Imposible aceptar, me falta tiempo.
No puedo reflexionar, no puedo leer, me veo desbordado, no tengo tiempo.
Me gustaría rezar, pero no tengo tiempo.

